
URUAPAN.

VISTA GENERAL.—SU FUNDACION E HISTORIA.
HABITANTES.—INDUSTRIA Y PRODUCTOS.—EL CUPATITZIO.
LA TZARARACUA.

En la falda oriental del gigantesco pico de Tancítaro reposa la ciudad de Uruapan, en medio de dilatados bosques de árboles frutales y regada por cristalinas fuentes que la fertilizan con sus aguas y la arrullan con su murmurio.

Su situación no puede ser más ventajosa. Al Norte se extiende la grande sierra de Paracho, tan rica en madera como en feraces campos de maíz; al Sur los valles de la tierra caliente envían á la ciudad, como á un depósito mercantil, los valiosos frutos de la caña de azúcar y las abundantes cosechas del arroz y del añil.

Colocada la población en esa línea en que se confunden los dos climas, no es extraño ver en Uruapan el mango, el mamey y los papayos, creciendo al lado del cedro, del durazno y del cerezo, y cultivados en las mismas sementeras el café y la caña de azúcar juntamente con el trigo y la cebada.

*

La población fué fundada en 1540 por el venerable Padre franciscano Fray Juan de San Miguel, el mismo á quien se debe el establecimiento del primitivo colegio de San Nicolás, fundado con el nombre de *San Miguel* en el pueblo de Guayangareo, hoy Morelia.

Fray Juan escogió el sitio para la nueva población, y la circunstancia de haberla edificado en un suave y accidentado declive de la sierra, le da un aspecto alegre y pintoresco. El mismo trazó sus calles que están tiradas á cordel, é hizo que vinieran á establecerse á ella los indígenas que vagaban por los bosques, huyendo de la cruel conducta de los conquistadores. Aclimató en las huertas los árboles frutales que produce la zona tórrida y los que crecen en la templada, aprovechando para su riego los numerosos manantiales que brotan en la parte alta del lugar.

Todavía se conserva grata la memoria del fundador entre los indígenas de Uruapan. Hay un retrato suyo en la sacristía de la Parroquia, y en el frontispicio de un pequeño templo llamado "El Santo Sepulcro," se ve una estatua erigida al recuerdo de este bienhechor. En una de las numerosas guerras de que ha sido teatro la ciudad, una bala rompió un brazo de la estatua, é inmediatamente los indígenas mandaron restaurarla.

Uruapan ha sufrido varios incendios; dos en la primera guerra de independencia, uno en la revolución de Ayutla y el último en la lucha que acaba de pasar. Estos desastres y los saqueos que fueron su consecuencia, no han entibiado el espíritu público de los habitantes que trabajan incesantemente por embellecer su ciudad. De tres años á esta parte han puesto lunetas y embanquetado la plaza llamada de *los Mártires*, por haber sido fusilados allí los CC. José María Arteaga, Carlos Salazar, Jesús Díaz, Trinidad Villagómez y Juan González, de orden del jefe imperialista D. Ramón Méndez.

La ciudad está dividida en ocho barrios y tiene una población de seis mil vecinos, de los cuales mil quinientos pertenecen á la raza primitiva. Es cabecera de un Distrito de cuarenta y dos mil habitantes y asiento de una prefectura, un juzgado de letras, una administración de rentas, otra de correos, un juzgado del Registro Civil, un Ayuntamiento y tres alcaldes. El gobierno mantiene dos escuelas para niños de ambos sexos, y hay otras dos particulares, servidas todas por profesores. Cada barrio tiene además una ó dos, á cargo de personas no tituladas. Ultimamente,

el prefecto C. Jesús Rodríguez ha fundado otra de adultos, á la que concurren ciento cincuenta artesanos, agricultores y arrieros. Está dirigida por el mismo funcionario y el preceptor D. Ramón Medina, y son notables los adelantos de los alumnos.

Los habitantes son dedicados al trabajo y al estudio, debiendo hacerse especial mención de los artesanos, y entre éstos de los plateros, cuyas obras, acabadas con exquisito gusto, son generalmente apreciadas y solicitadas en el país.

La industria que puede llamarse propia de Uruapan es la pintura de *jícaras* y *bateas*, tan conocida ya en todas partes y cuyo barniz es inmejorable. Esta sustancia es la grasa de un insecto que los naturales llaman *aje* y que ha sido descrito científicamente bajo el nombre de *Caecus axin*. En mi concepto, es el celebrado *barniz viejo* tan apreciado, y sólo puede compararse el que vemos en las cajas, costureros y otros utensilios chinos. El gobierno debía procurar el estudio y propagación del gusano que lo produce y que es cada día más escaso.

Algunos creen que esta industria fué transmitida á los indígenas por el Obispo D. Vasco de Quiroga que enseñó á los pueblos de su diócesis los oficios que hasta hoy ejercen exclusivamente en cada localidad, ligándolos así por las necesidades del comercio; pero tengo para mí que el ilustre Prelado no hizo más que substituir á los antiguos colores vegetales, que emplean todavía algunas veces, los minerales que hoy usan con mejor éxito. No es de creerse, además, que apenas llegado el Obispo á Michoacán en los primeros días de la conquista, descubriese las propiedades de aquel insecto.

Comienza á desarrollarse con buen resultado el ramo de la cría del gusano de seda. Hay para ello un pequeño establecimiento y se han hecho grandes plantíos de morera. Si como es de esperarse de la laboriosidad de aquellos vecinos, no desatenden esta industria, la seda será pronto para Uruapan otra fuente más de riqueza.

Los productos de la tierra son, como he indicado antes, de una variedad infinita. En prueba de ello, pongo en seguida una

lista de los que recuerdo en este momento, advirtiendo que todos ellos se dan con abundancia: mamey, ciruela, mango, papaya, anona, chirimoya, naranja, limón, lima, cidra, toronja, piña, zapotes negro y blanco, aguacate, guajiniquil, plátanos de diez diversas especies, perón, peras, manzanas, duraznos, albaricoques, almendras, cerezas, chayote, olivos, granadas corderinas y las llamadas de china, fresones, fresas, camotes, pepinos, patatas, jícamas y todas las legumbres conocidas en el país, caña de azúcar, trigo, cebada, alfalfa, linaza, frijol y maíz.

Pero hoy el ramo especial de la agricultura es el de las plantaciones de café, á cuyo cultivo se dedica con esmero y constancia una gran parte de los habitantes, cosechando su magnífico grano que es conocido en casi toda la República y que comienza á exportarse por el Manzanillo. Los bosques que circundan la población producen abundantes maderas de diversas clases, hallándose á muy poca distancia hacia el Sur, las finas, como zangalica, tampiceran, caoba, rosa, etc., etc.

Riquísima es Uruapan en flores, tanto indígenas como las que aclimataron aquí los europeos. Entre aquellas hay una variada colección de parásitas que conservan aún sus poéticos nombres tarascos perfectamente adaptados, y otra no menos abundante de enredaderas, la mayor parte silvestres, que serían el ornato en los jardines de las grandes ciudades, si fueran conocidas de los que se consagran á la jardinería.

Habitan en las vecinas selvas el jilguero, el cenzone, el cuilacoche, el tordo, el turpial, el vaquero de grande cola, la primavera que sólo canta, pero dulcísimo, en la estación de su nombre; las tortolas, el coa ó pabellón mexicano de bellísimos colores; el colibrí en todas sus especies, el pito real, el carpintero, el faisán y el madrugador; los pavos silvestres, las codornices y las demás aves que son comunes á todos los climas. En sus bosques se caza el güinduri, precioso cuadrúpedo cuya piel es manchada como la del tigre, pero con pintas negras y blancas.

Los ríos carecen de pesca, pero abundan en nutrias de dos distintas clases.

Multitud de manantiales brotan dentro y fuera de la ciudad; pero el más caudaloso es el simpático río de Cupatitzio, que nace, ó más bien dicho, que salta en un pintoresco sitio á orillas de Uruapan, hacia el Oeste. Su cauce es muy accidentado y corre en un declive harto pendiente, de manera que á pequeños intervalos forma vistosas y agradables cascadas. Corre entre márgenes cubiertas de flores; sus cristalinas aguas, chocando sin cesar en las rocas, forman copos de blanca ó nacarada espuma, y las gotas que de ella se desprenden son magníficos cambiantes; altos y frondosos árboles, entre los que descuellan las zirandas de obscura copa, le forman una sombría bóveda. De uno y otro lado se extienden verdi-negros cafetales que á veces se ostentan llenos de azahares y á veces muestran su abundante fruto carminado.

Al Sur de Uruapan, como á dos leguas de distancia pasando el camino por los dos bellos pueblos de Jicalán y Jucutacato, está la célebre catarata llamada Izaráracua, voz tarasca que significa cedazo.

Este hermoso prodigio de la naturaleza es visitado frecuentemente por los viajeros; y cada año, durante la época del invierno, las familias de la ciudad improvisan alegres caravanas y pasan deliciosos días de campo en aquel sitio, regresando en la tarde coronadas las jóvenes con guirnaldas de silvestres flores.

Forman esta cascada el río Cupatitzio, el de Santa Bárbara y el de los Conejos, juntamente con todos los arroyos que le son tributarios; y desde este punto el caudal toma el nombre de río del Marqués, que es el más rico confluente del grande Mescala ó las Balsas.

La Izaráracua tiene la forma de un inmenso anfiteatro, formado por elevadas y caprichosas rocas graníticas. La vegetación es exuberante. Alrededor se extienden bosques vírgenes, en donde se mezclan árboles de la zona templada con los bellos tropicales. Sus ramas están agobiadas por el peso del heno, y sus troncos cubiertos de los primorosos ramos de las parásitas. La tierra está tapizada de césped, destacándose los flexibles ta-

llos del lirio y de la púdica *flor* de las montañas, *la tierna carne de doncella*. Los delgados troncos de la flor del paraíso se miran estrechamente ligados por las lianas de apacibles flores y aromas delicados. Hacia el Norte está el salto principal, y al despeñarse el agua de una altura de cuarenta metros, levanta altísimas columnas de vapor. Es una nube de menudas perlas que se deshace en gotas diamantinas. Por las grietas de las encumbreadas rocas y en todo el costado que se halla al frente del espectador, surgen mil y mil finísimos hilos de blanca argentería que bajan besando las algas á confundirse con el río, y que, heridos por el sol, ofrecen á la vista encantada el soberbio espectáculo del iris, cambiando á cada instante de situación y colores. En todo el recinto no se ve un espacio, por pequeño que sea, de agua cristalina; el salto principal se desprende blanquísimo como el alud de las montañas cubiertas de nieve, el pequeño lago que se ensancha á los pies de la catarata está hirviendo, espumoso, inquieto, y en constante lucha sus olas agitadas. El misterioso ruido que allí se escucha es como la voz del Dios del Apocalipsis, severa, imponente y majestuosa.

El golpe general de vista en la Izaráracua, es agradable y simpático. El corazón goza contemplándolo, y al separarse de él le queda un recuerdo invariable de grata melancolía.

Hay enfrente de la catarata una grande roca cuadrada, en donde al lado de nombres vulgares se leen los ilustres de Humboldt, Antomarchi, Ocampo, Degollado y otros de personajes que hoy figuran en puestos elevados. Tenemos que consignar, sin embargo, el hecho de que el nombre del célebre viajero está casi borrado por haber puesto, encima el suyo un arriero, *de cuyo nombre no quiero acordarme*.

En las sinuosidades de este terreno, y muy inmediata á la cascada, está oculta una amplia gruta, en donde es fama que habitó algunos días el inmortal Morelos en uno de los reveses de su fortuna.

EDUARDO RUIZ.

CUERNAVACA.

¿Por qué has creado el infierno, Allab? ¿No habían creado ya Chamd?—exclaman los afghaneses. Yo, imitando á los indígenas de aquella abrasadora comarca, modifico la frase y digo en buen cristiano:—¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿No habías creado Cuernavaca?

Bien sé que puede sudarse más en otras partes; bien sé que el inmenso desierto extendido, como un arco de círculo, entre las islas del Cabo Verde y la gran muralla de la China, el Este y el Norte del Sahara, el pie del Himalaya, el valle del Sagrado Ganges y las estepas sin fin del Atapanistán y la Bukaria, son los hornos de la tierra.

Sé también que sin salir de México podría sufrir la temperatura de Iguala y los chorros de plomo derretido que vierte el sol de Texas. Pero mi carne es flaca y yo no quiero enflaquecerla más. Para mis pecados pobretones y vulgares, con un infierno como Cuernavaca, basta.

No me arrepiento, sin embargo, de haber venido á este Suda-torium con honores de ciudad. Abro el balcón y admiro extasiado el horizonte incomparable de nuestra tierra caliente.

Cuando se baja á Cuernavaca por la rápida cuesta de Huitzilac, este cielo cuyas últimas líneas color de ópalo van á perderse en las montañas donde empieza la gran Sierra del Sur, produ-

ce en el ánimo una sensación parecida á la que causa la contemplación del mar en la hora del alba. Hay algo de Mediterráneo en ese azul fluído.

Es el mar como le soñamos antes de conocerlo, el mar de los dioses griegos, el mar de Anfitrite. En esas ondas se ocultan las sirenas que oyó Ulises. Si de súbito surgiera en esa quieta superficie una vela latina, sin duda nos parecería un hecho tan común y natural como la aparición de un ave ó de una nube.

La inmensidad es una como Dios. Ya la admiremos en el mar, ya en el desierto, ya en el cielo, produce siempre en nuestro espíritu el mismo sentimiento de dilatación. Por eso, desde el rústico hasta el sabio, todos comparan al desierto con un mar, y ven el cielo como un océano superior, surcado por la góndola de plata. Éste sentimiento no lo determina el color, sino la extensión.

El horizonte que tengo ahora ante mis ojos, puede parecerse al mar que inventa la fantasía; al mar que canta en los versos de Homero; al mar que pintan con vago dolorido los pintores transparentistas. Pero el mar verdadero no es así. El azul que le damos sólo puede encontrarse en ciertas aguas, y en la cinta donde confinan con el cielo. El mar es verde acá, negruzco allí, gris en aquellas vastas lontananzas, aceitoso, pesado y duro en todas partes. Es grave, adusto: es el Titán, insomne, agobiado por un inmenso remordimiento.

En las ondas de azul purísimo, de ópalo fluído y de ambar en fusión, que tengo ahora sobre mi cabeza, deben de navegar los ángeles en góndolas de pluma. Si no fuera un absurdo, diría que la mirada siente, al perderse en esas olas de luz, la sensación de bienestar que dan al cuerpo los baños orientales.

Cuernavaca es la reina de este infierno que se llama la tierra caliente: es Proserpina. Se ha detenido al borde del inmenso caldero como la joven que, encontrando hirviendo el agua de su baño, encoge la pierna que iba ya á sumergir en la ancha tina de alabastro. El vapor del agua en ebullición se cuaja en su rostro. Es la sultana á quien sumiso esclavo nubio, abanica con plumas

de faisán. El esclavo nubio que mueve el abanico de Cuernavaca es Huitzilac.

Allí está el monte oscuro coronado de pinos silvestres, pensativo y triste como el esclavo que ama sin esperanza á la mórbida reina del harem. Sus celos se llaman tempestades. Junta las nubes negras, las enreda en las torcidas ramas de sus árboles, las agrupa en terribles escuadrones, y con impulso formidable las arroja sobre el valle. Pero, á poco, su cólera se extingue. El pino enhiesto que pugnó en vano por desenraizarse y correr á la llanura, yace en tierra; los rabiosos alaridos del titán desahogaron su pecho: triste y dócil, sigue el nubio agitando su abanico, mientras duerme en silencio la sultana.

Un pino se alza en la cumbre
De un monte del Norte helado,
Sueña. La nieve y el hielo
Lo envuelven con su sudario.
Sueña con una palmera
Que en el oriente lejano
Se alza solitaria y triste
Sobre un peñón abrasado.

Apartando la vista del frío norte, partamos "de cara al sol" como el Byron de Núñez de Arce. Antes de examinar la población, miremos á vuelo de pájaro los campos amenísimos que la rodean. Podéis subir á la torre de la vieja iglesia de franciscanos ó al mirador del antiguo palacio de Cortés. Desde la torre tended la vista hacia el Poniente. Bajo tupidos bosques de guayabos se oculta el caserío desparramado de San Antonio. No pueden verse las casitas. Diríase que están desnudas y que se ocultan pudorosas detrás de los árboles. Sólo la iglesia empina su torre por encima de los guayabos, como para mirar si el cazador que sorprendió en su blanca desnudez á las traviesas campesinas, se ha alejado.

Podéis poner la escena de un idilio en ese pintoresco puebleci-

llo. Lo habitarán, sin duda, sucias indias; mas no penséis en los senos colgantes de esas hijas enfermas, de una raza degradada; ni en el rapaz canijo que toma sol, revuelto con los cerdos, en la puerta de su casucha; poblad de labradores ideales ese lugar poético y tranquilo; allí puede bailar Rosaura al son de alegre tamboril; allí los novios se esconderán tras de la puerta claveada, mientras el cura pasa, camino de la choza miserable en donde está la viejecita enferma.

Cuando esos árboles estén en fruto, un aroma embriagador se esparcirá en la atmósfera. En ese lugarcillo es sin duda

Donde en lechos y arrietes opulentos,
Que recuerdan las fábulas idalias,
Asoman con rubor los pensamientos,
Se esponjan de placer las tristes dalias.

Allí se exclama con Virgilio: *O fortunatus nimium sua si bona norint agricolae!*

El paisaje que se descubre desde el palacio de Cortés, exige en el artista que se proponga describirlo, el colorido, lleno de sol, de Eugenio Fomentín. Los campos de caña ostentan su verde claro, intenso, deslumbrante, en los últimos planos del paisaje. Parecen tersos, sin arrugas y sin pliegues, como si gigantes invisibles se entretuvieran en restirarlos durante la noche. En primer término, bosquecillos de plátanos mueven sus largas hojas. los ceñidores de la rubia Eva! Al Noroeste los cerros se aproximan á la ciudad, y al Sur la vista se pierde en la extensión de los campos sembrados, cuyo término apenas se columbra. Los severos bueyes, las grandes víctimas del Clytumno, no aparecen en la llanura. Ningún tropiezo encuentra la mirada en el cuadro tranquilo que recorre. Las cimas de las montañas remotas parecen de lapislázuli. Una cinta de singular y armónico colorido une la tierra y el cielo, por gradación casi insensible de colores.

Inconscientemente, ante el grandioso cuadro que ilumina una

luz fuerte, intensa como la que alumbra los paisajes de Claudio Lorena, se recuerdan las grandes perspectivas de la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apuela, la isla de Caprea y la costa de Pausilypo. El espíritu encuentra el parecido, sin poder precisar en dónde está. Un vapor violeta rodea las colinas distantes. El verde claro de aquellos grandes llanos, bebe la luz.

¡Cuán grandioso es el espectáculo de la puesta del sol en este sitio! Indecible sentimiento de inquietud se apodera del espíritu. En los montes boscosos, el crepúsculo es trágico. Los árboles cobran vida y voz humanas. Las montañas se calan sus capuchas colosales. El venado huye, y en las ondas del viento suenan las voces y las escobas de las brujas.

Aquí el crepúsculo es la muerte, sin dolores, de una niña cuya alma se va al cielo. La naturaleza no se ennegrece, se duerme. Dulce melancolía nos rodea con sus gasas, y pensando en la celeridad de la existencia, recordamos el *Carpe diem* de Horacio; el *Te spectem suprema rinicum venerit hora*, de Tibulo, y el admirable *Invalidasque tibi tendes, ken! non, tua, palmas*, de Virgilio.

La muerte en este sitio y á tal hora debe parecernos menos dura. Así murió Sócrates, contemplando la inmensidad del océano, en cuyas ondas los rayos del sol poniente iluminaban la popa dorada de la sheoria que regresaba de la isla de Delos, en tanto que bajaban los rebaños de las cimas del Traygetes y el Citcerón nadaba en un mar de oro.

Cuántas veces pasaría pensativo Hernán Cortés por este mirador de paredes desnudas y anchos arcos! Sentado aquí, podía admirar en todo su esplendor la tierra prometida á su codicia. Y cuando fatigado de ambiciones se entregaba en los brazos del amor, ¡qué sitio más hermoso para desatar voluptuosamente las trenzas negras de la joven india, mientras el valle duerme, el sol se oculta y llena el aire de sonidos metálicos el coro de chicharras invisibles! La campana que da el toque de oraciones apenas suena.

Las ondas sonoras pasan muy arriba, y el sonido, enervado

por el calor y la fuerza, cae á plomo. La luna brota, y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el cenit rebaños gigantescos. En una noche como esta, escribió acaso Heine estos versos henchidos de paz y de creencia :

De Jesucristo la imagen
Aparece ante mi vista,
De blanca túnica suelta
Va con majestad vestida.
Es grande como un gigante,
Y silencioso camina
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.
Toca su cabeza al cielo,
Con las manos extendidas
Bendice tierras y mares,
Y cual corazón que brilla,
Dentro de su pecho lleva
El sol que el mundo ilumina :
Y este corazón ardiente,
Hogar de amor y de vida,
Derrama de sus fulgores
La luz brillante y purísima
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

TOLUCA.

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan ó ascienden para verla; no la vigilan de cerca esos eunucos etíopes que se llaman montes, ni la abanicán, mientras duerme, las esclavas montañas; ninguna gran sombra histórica la habita; ninguna catedral yergue sus torres macizas, ó lanza, á guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, á su vez dominadora de templos corpulentos, que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, porta-estandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de Mayo y heraldo de la victoria el 2 de Abril; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado por la República; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno; la cascada de San Antonio entona su salmo, y el aire que viene despedido por los oscuros árboles del Huitzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteado por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agoreras, funestas agoreras de la altiva Carlota; en las olas ocultas de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río,